

una meditación preliminar con respecto a sus personajes, escribí casi todas las obras serias más importantes a velocidad vertiginosa, sin guión ni notas prolijas, y con escaso o ningún esfuerzo consciente. Por ejemplo, mis comedias *Dangerous Corner*, *Time and the Conways*, *An Inspector Calls*, y *The Linden Tree*, fueron escritas en diez días, como máximo, probablemente dentro de una semana. Los actos más difíciles, los que estaban erizados de problemas técnicos, no exigieron más esfuerzo que los otros (y más tarde fueron ensayados y representados con muy escasos cambios de palabras). Era como si escribiese cartas a unos amigos.

La misma velocidad de la composición hizo completamente imposible cualquier apreciación consciente y la solución de los problemas técnicos implicados. Contemplándolas después, me sentía como un hombre que se viese correr a sí mismo a toda velocidad por un campo de minas. Y la experiencia representó escaso o ningún papel en todo esto, pues *Dangerous Corner* fue mi primera comedia. Además, entre estas apresuradas piezas, yo era muy capaz, trabajando lentamente y haciendo un esfuerzo, de escribir comedias muy defectuosas e incluso abortivas. Sin embargo, de las cuatro piezas furiosamente creadas que he mencionado antes, las tres primeras se han representado con más frecuencia y en más países que cualquiera de las otras veintitantas comedias que he escrito. Y la cuarta, *The Linden Tree*, menos probable de ser entendida en el extranjero, supuso un éxito instantáneo entre el público inglés, para el que fue escrita.

A pesar de tan asombrosa velocidad de composición, no se me ocurrió pensar a la sazón que hubiera implicado ningún elemento de Tiempo. Con las teorías de Jung en la cabeza, pensaba que el trabajo duro en aquel escribir comedias sin esfuerzo aparente, se había realizado de un modo u otro en y por el inconsciente, que luego se había abierto paso, se había impuesto y había utilizado mi mente consciente simplemente como un instrumento para transcribir. Así, pues, no se me ocurrió pensar que hubiese algún elemento de Tiempo en aquella creación casi mágica, porque, por modestos que hayan podido ser sus resultados en función del teatro mundial, para mí fue casi mágica.

Pero ahora comprendo que no podemos excluir al Tiempo, que tiene su propia relación

con lo inconsciente. Sabemos que en cierto nivel lo inconsciente es capaz de vigilar por nosotros al tiempo cronológico, despertándonos en caso necesario a cualquier hora que elijamos. Pero este no es su propio tiempo. Se niega a aceptar, cuando está a lo suyo y no actúa como despertador, nuestra idea de la sucesión temporal. Su orden del tiempo no es el nuestro, como me indicó el propio Jung, algunos años después de este período de comediografía, cuando sostuve con él algunas conversaciones. Percibí entonces que él mismo deseaba mantenerse al margen del problema del Tiempo, aunque después pudiera decirse de él que desafió a la opinión convencional y positivista con su curioso, fascinante y un tanto oscuro ensayo sobre *Synchronicity* [*Sincronicidad*]. Denomino desafío a este ensayo porque el «principio conectador acausal» que sugiere (tras mostrarnos algunos asombrosos grupos de «coincidencias») apenas puede comprimirse en un tiempo lineal y unidimensional.

Así, pues, había esas dos clases diferentes de experiencia, solo semejantes en que parecían sugerir cierta suerte de cambio en el Tiempo y en la liberación de la mente de una relación egocéntrica con el tiempo que pasa. En todos los demás aspectos, eran tan diferentes, que resulta difícil creer que ningún orden, relativo al Tiempo o a estados de consciencia, pudiera contener a ambas. Ora llegase en momentos de gran peligro, ora al contemplar ciertas obras de arte, o bien con «el sentimiento estético» respecto a ciertos aspectos de la vida, la primera clase de experiencia ponía las cosas en lento movimiento, hacía que mi consciencia se desprendiese del tiempo que pasa y me transformaba, mientras duraba, en un observador casi desinteresado, existiendo fuera de toda esfera de acción.

La segunda clase de experiencia no me retiró de la acción, sino que me lanzó a ella, no me convirtió en un observador lejano, sino en un creador que trabajaba como un poseo, prestandome energía, imaginación y voluntad creadora. Escribo «me» por conveniencia. En realidad, en esta experiencia está ausente todo sentimiento personal, y si algún espíritu, no un miembro de la Sociedad de Autores, reivindicase este escrito, no experimentaría el menor resentimiento.

De modo que tenemos aquí dos clases de experiencia fundamentalmente diferentes. Per-



tenecen a distintos estados de consciencia. Pero también hay un elemento de Tiempo. Son semejantes en que parecen estar fuera del tiempo que pasa. Pero mi mente parecía escapar del tiempo que pasa, por así decir, en dos direcciones completamente distintas. En una había espacio para la inacción contemplativa, en la otra había posibilidades para la acción más rápida y decisiva. (Esto no sería verdad, si yo no fuese, por elección y profesión, escritor, para el cual escribir es esencialmente «acción».) Y por mi parte—después de todo, eran mis experiencias, experiencias que acaso no hayan conocido nunca ningún Dr. Brown crítico ni ningún profesor Smith dubitativo—, no puedo separar su diferencia y su valor de su carácter de Tiempo.

Aquí el Tiempo parece dividirse en tiempos. Hay uno para el tiempo que pasa; otro, para la primera clase de experiencia, la lenta y contemplativa; otro, para la segunda clase de experiencia, la apresuradamente creadora, imaginativa, intencional. Tres tiempos. Así, pues, ¿puede ser una verdad decir que nada en nuestra actual experiencia sugiere—si queremos ser geométricos al respecto— que podría haber tres dimensiones del Tiempo? Yo digo que no puede ser verdad. Convendré en que no es posible un análisis exacto, que no pueden trazarse líneas tajantes, que todo, excepto los sentimientos más íntimos de cada cual, es borroso y oscuro, que la relación entre la consciencia y lo inconsciente puede complicar la cuestión. Pero no puedo evitar la impresión de que el Tiempo, tan borroso, vago y elusivo él mismo, se divide en tres para adaptarse a esos tres modos de consciencia. Por lo menos, tenemos derecho a decir que es como si hubiera tres clases de tiempo. (Y esto es difícilmente una reivindicación descocada, cuando el Tiempo mismo, examinado de cerca, puede convertirse en un como si, aunque en esta época lo hayamos transformado en unos grilletes para mantener preso al espíritu.)

Dos dibujos de *Opium* (el diario de Jean Cocteau de su curación como adicto). Una mente y una percepción drogadas se hallan en un estado paralelo al de los sueños. Podríamos decir que el «Observador 2» se ha hecho dueño de la situación, y que la visión normal (y el Tiempo normal) ha sido dada de lado.